

DIARIO YA. 1966 ESPAÑA VERANIEGA

VISITA POR NUESTROS ENVIADOS ESPECIALES.

La dulce sierra de ayer

.....

La madre del ministro López Bravo fue maestra en Los Molinos

.....

En un cerrojo de la iglesia hay una inscripción de 1770

.....

Antonio Sánchez se enamoró de un toro enano

.....

Los Molinos. (De nuestro enviado especial, Germán Lopezarías)

Sonaron unos compases atrevidos y una voz providencial exclamó:

-¡Polca, Pérez, polca!...

Como si todos fueran Pérez o todos estuviesen deseando bailar la polca, el pajar de Jenaro – base experimental de lo que andando el tiempo, haría de llamarse lánguidas “boites” o trepidantes clubs- se llenó de muchachas y muchachos deseosos de saltar al compás de la música de un organillo. Principios de siglo al borde de la Gran Guerra. Los Molinos (Guadarrama).

El organillo nadie recuerda quién lo había llevado. El pajar, sí. Era de Jenaro. Como días a tras había sido de Nazario el que se utilizó para representar una comedia interpretada por jóvenes veraneantes.

La Vela y la Fuga

El año anterior llegaron a Los Molinos unos cómicos con la pretensión de representar una obra. Les fue aceptada la proposición y se les preguntó el título.

-“*La Agonía el Cabo y la fuga de Dos*”- dijo el que capitaneaba la compañía.

La “compañía” estaba compuesta por un hombre y una mujer. Se anunció la representación, y media hora después de la señalada se alzó el telón. En escena había una vela medio consumida. Salió el primer actor. La encendió. Se metió entre bastidores sin decir ni pío. La vela siguió consumiéndose a pasos agigantados. Transcurrió el tiempo. El primer actor no volvió a salir. Ni la actriz. Ni nadie.

Hasta que el empresario se dio cuenta de que pasaba algo raro, y después de comprobarlo se acercó a las candilejas, tras apagar la vela, para explicar al respetable público que los cómicos se habían fugado.- “*La Agonía del Cabo y la Fuga de Dos*”- Lo cuenta Galo Montalvo, juez de paz y propietario de un bar con televisión al aire libre.

Esta fue una de las poderosas razones por las que al año siguiente se decidió que las comedias que las representasen los veraneantes y el corral de Nazario Martín se habilitara para teatro. Y tan en serio se llevó esta idea que hasta el propio Joaquín Dicenta dirigió su “*Juan José*”, interpretado por estudiantes madrileños que pasaban las vacaciones en la sierra.

La Pregunta del Rey

El rey Alfonso XIII anunció su paso por Los Molinos al regreso de unas maniobras de la caballería en Valladolid. El pueblo preparó el recibimiento, y todas las mujeres se encargaron de hacer bocadillos para cuando los hambrientos soldados llegasen.

Mientras las mujeres trabajaban en estos menesteres los hombres configuraban el recibimiento, preparando el escenario y comprobando los menores detalles del protocolo. Se armó un arco de flores en la puerta de hierro y don Vicente Sanz Esteban localizó un organillo para que la tropa tuviese baile mientras las autoridades y el rey departían. A la hora prevista apareció Alfonso XIII. Dieron comienzo los actos. El alcalde le hizo entrega a las puertas del pueblo de su bastón de mando. Después, Alfonso XIII se interesó por todo lo que estuviese relacionado con Los Molinos. Como entonces no existían ni los veraneantes en dosis masivas ni el turismo, el rey preguntó con verdadero deseo de conocer la situación:

- Así que vosotros vivís del heno...

Una de las primeras autoridades, sin dejar terminar a Alfonso XIII, le respondió rápidamente:

- No señor, no. Aquí de lo que vivimos de la hierba...

La palabra heno era prácticamente desconocida. Como lo era la palabra chuleta. Lo prueba el que una mañana, Patrocinio, familia de Antonio Sanz, entró en una carnicería para hacer su compra diaria. Patrocinio acababa de llegar de Madrid. Al entrar dijo al carnicero:

- ¿Quiero chuletas?
- Si en aquel momento, mil novecientos diez y algo, Patrocinio hubieses pedido un pasaje para Nueva York en un reactor, es posible que no le hubiera llamado tanto la atención. El carnicero se le quedó mirando interrogativamente. Patrocinio, alarmada, repitió:
- Sí, lo que quiero son chuletas...de eso que tienen ahí.
- El carnicero miró hacia donde señalaba Patrocinio y respondió tranquilizado.
- ¡Ah bueno! Lo que usted quiere son costillas. Llévase todas... Aquí no le gustan a nadie.

Los Borricos de ida y vuelta

Antonio Sánchez, el torero pintor que despachaba chatos de vino en una taberna barriobajera en Madrid, se enamoró de un toro enano. Iba a torear un festival. Los organizadores trataron de convencerle:

- Toree usted un becerro, como todos.
- Para mí ese toro enano...

El toro enano en cuestión tenía sus cinco años recién cumplidos sin gorrita de marinero. No era ningún becerro. Era un toro hecho. Mal hecho, pero hecho. Antonio consiguió que le correspondiese torearlo en el festival de Los Molinos. Y cuando salió a la plaza dispuesto a enfrentarse con él, dijo en el patio de caballos a sus banderilleros:

- No olvidaros que esto es como un niño cabezón. Seguro que se las sabe todas.

El toro enano terminó esa tarde su vida sin historia como una aceituna: pinchado en todo lo alto. Y al terminar la corrida, los chavales que pasaban el estío en Los Molinos se largaron a buscar borricos para hacer una excursión al día siguiente.

Un grupo fue a parar a casa de Galo Montalvo. Le preguntaron:

- ¿Usted sabe dónde podemos alquilar unos burros?

Galo Montalvo replicó:

-Pues naturalmente que sí.

Y acto seguido elaboró una maquiavélica idea que le rondaba el cerebro. Les dijo cazurronamente:

- Vayan a casa de Quintín Manso.
- Quintín Manso, carpintero de oficio no esperaba la visita que de un momento a otro se le iba a presentar en su casa. Cuando llegó, con los ojos abiertos de par en par escuchó la pregunta y respondió:

- ¿Quién les ha mandado aquí? Yo no tengo más burros que los de carpintero, y esos no creo que les sirvan para ir de excursión...

Alquilar burros tenía un encanto especial. En cuanto el alquilador se olvidaba de ellos y los dejaba sin atar campando por sus respetos en la hierba, los burros, que se las sabían todos, se volvían a casa tranquilamente, sin pedir permiso ni a la mochila, sin pedir permiso ni a la mochila que habían llevado a cuestas.

El libro y la maestra

En el Ayuntamiento hay un libro –tal vez varios libros- escritos en pergamino por un pendolista que al final se aburría de su oficio y apresuraba la letra, fechados en 1538. En la iglesia hay un cerrojo con un mil setecientos setenta y tantos medio borrado por el paso del tiempo. Los molinos son tan antiguos que hasta fueron víctimas de una inundación.

Entre doña Alfonsa y doña Mercedes, estuvo de maestra en el pueblo doña Consuelo. Esta última era la madre de don Gregorio López Bravo. Madre de un ministro.

En Los Molinos nadie sabía que el ministro se llamaba Gregorio.

En Los Molinos hay un cementerio de perros en casa de los Faura.

Tres ingenieros trabajaron para conseguir la Sociedad de Aguas – Menéndez Boneta, Fernández Sola y García Siñero-, y de los tres sólo los dos primeros tienen calles en el pueblo.

En Los Molinos, Argenta iba a tocar al piano, contratado, y allí conoció a su mujer.

El padre de *La Romerito* tomó algún vaso en la taberna del “*sinco*” y... Gregorio Sánchez - lo más reciente de la historia- llegó un día preguntando a los primeros que se encontró:

- ¿Cuál es el hotel más caro del pueblo? Lo quiero alquilar...

Germán Lopezarías
Verano 1966